

Tiempos extras

- Un IFE cuestionado, débil y vacilante desde su origen ha enviado la competencia a un alargue innecesario.

No hubo grandes sorpresas en el resultado de las elecciones del pasado domingo. La indefinición del IFE sobre el ganador de la elección presidencial (que le dio la razón al cínico vaticinio de Manuel Bartlett de que se volvería a caer el sistema como en el proceso que manipuló como Secretario de Gobernación en 1988) fue el reflejo de un consejo que desde su nacimiento ha sido cuestionado, débil y vacilante. Pero lo que realmente se cayó fue el sistema nervioso de millones de mexicanos que hasta la medianoche del domingo estábamos pendientes del nombre del futuro Presidente de la República.

La moneda no está en el aire. Son los votos, que se han sumado y que han sido capturados por el sistema del IFE, los que están en algún lugar y que serán contados uno a uno para definir al candidato triunfador. No es cosa ya de la suerte o del manejo amañado de las estadísticas y los números virtuales.

No hubo sorpresas. El empate que nos ha llevado a los tiempos extras es el justo espejo de una campaña disputada con una fiereza sin igual, con un encono inaudito, dentro de una competencia insólita. No hay precedente, ni aquí ni en algún lugar cercano, de una incertidumbre de estas proporciones. Ni la primera elección de Bush en EU en la que Al Gore reconoció anticipadamente su derrota y que tuvo que ir hasta la instancia de la Suprema Corte de Justicia para resolverse por una diferencia de tres votos. Sí, tres votos de tres magistrados fueron la diferencia entre los millones de votos de republicanos y demócratas.

Pero aquí despierta suspicacias la demora del órgano electoral federal, provoca incredulidad y recelo la aparición sorpresiva del Presidente Fox luego de las palabras del Consejero Presidente del IFE. El peor escenario está en el horizonte del proceso electoral. Una dilación obligada por el estrecho margen de diferencia forzó a los candidatos de los principales partidos involucrados a proclamarse con la victoria, rompiendo el acuerdo de respeto y civilidad.

Si los resultados estaban ahí, entonces ¿para qué inquietar a los millones de ciudadanos?, ¿para qué tensar un ambiente postelectoral de impredecibles consecuencias de gobernabilidad e inestabilidad económica?, ¿para que agudizar más las diferencias de un pueblo que desea vivir en concordia y no bajo la ira de los adversarios políticos y las ambiciones de los partidos que representan?, ¿para eso nos ha venido a servir la democracia?, ¿para separarnos más?, ¿para confundirnos más?, ¿para ofendernos más?. Como si no hubieran sido suficientes nueve meses de una campaña preñada de furia, cólera y mezquindad.

No quiero ser pesimista pero me temo que esta vez el panorama político parece muy sombrío. Un titubeo, un error del árbitro puede ser muy grave. Y luego los tribunales y más tarde la indignación de una gran parte de la población que se dirá burlada y defraudada. En medio, el actor secundario ríe con un rictus que trata de ocultar el dolor y la derrota y contempla cómo se propicia el margen para que, como tercero en discordia, (que de suyo tendría muy poco que ganar) negocie el anuncio del vencedor en un clima de guerra. En la legitimidad del ganador de la elección presidencial el PRI se juega su futuro como partido y como fuerza política, pudiendo haber quedado en solamente escombros de no haberse dado esta coyuntura que decidió el árbitro de la contienda.

¿Quién iba a imaginar que el PRI quedaría hoy reducido a una minoría que puede ser decisiva para inclinar la balanza del triunfador y establecer los acuerdos fundamentales para la futura gobernabilidad y el equilibrio de poderes?, ¿quién iba a pensar que el PRI se convertiría en 'partido gozne' para, luego de las negociaciones, someterse al imperio del próximo gobierno de la República?

En estas horas estará a prueba la principal institución democrática del país que tanto nos ha costado. Esperamos que el árbitro esta vez no se equivoque y que el país no se quiebre por la terquedad de unos de afianzarse al poder o por el empecinamiento de otros de no querer admitir la derrota.